

Raíces antropológicas de la economía

Juan Fernando Sellés*

Este trabajo se divide en dos partes. La primera estudia las raíces antropológicas de la economía siguiendo el planteamiento antropológico de Leonardo Polo. Parte de la distinción real entre acto de ser (persona) y esencia (yo-facultades) en el hombre, y expone cuáles son los rasgos nucleares tanto de la persona como de la esencia humana y cómo la economía se vincula con ellos. La segunda parte trata de la empresa como base social de la economía, describe los rasgos que caracterizan al empresario y a los trabajadores y explica el sentido de la propiedad. Concluye que el hombre es capaz de añadir riqueza al mundo porque es un don inagotable.

Palabras clave: Leonardo Polo, Acto de ser humano, Esencia humana, Empresa, Empresario, Propiedad, Don.

This paper consist in two parts. The first section analyzes the anthropological roots of economy from the point of view of Leonardo Polo's anthropology. By distinguishing between act of being (person) and essence (I-faculties) in the man, it exposes the capital characteristics of human person and of the human essence, and the relationship of the economy and those characteristics. The second section approaches the corporation, the basic unit of social economy, and the main traits of the businessman and of the workers, besides the sense of propriety. This paper concludes that man is able of giving because he is an unrestricted gift.

Keywords: Leonardo Polo, Human Act of Being, Human Essential, Company, Businessman, Worker, Propriety, Gift.

I. Introducción

En este trabajo se intentará ofrecer una fundamentación antropológica de la economía siguiendo el planteamiento de la antropología de Leonardo Polo, pensador que no sólo se caracteriza por su profundidad filosófica, sino también por su afición a la economía y por sus sagaces aciertos en este ámbito. Como el autor de este trabajo es filó-

* Juan Fernando Sellés es profesor Adjunto de Filosofía de la Universidad de Navarra (jselles@unav.es).

160 sofo, no economista (como se podrá comprobar por las referencias bibliográficas), pide perdón de antemano por sus lagunas en ese terreno y por sus posibles desaciertos y, asimismo, por si alguno de los pasajes de su exposición resulta menos claro, aunque en el relato se ha tendido a simplificar y a exponer de modo sencillo la temática.

A modo de sugerencia previa: como los destinatarios de este tipo de publicaciones son hombres y mujeres tan responsables como prácticos, embebidos de ordinario en su desbordante quehacer empresarial, y que, por consiguiente, miden muy bien la inversión de su escaso tiempo, no está de más apelar a algunas de sus virtudes centrales para sacar provecho de lo que aquí se va a tratar.

En primer lugar, y recurriendo a su *audacia* (que mira siempre al futuro), se puede aconsejar al lector que pierda el miedo al uso de algunos términos filosóficos en este escrito, pues todos ellos se explican de modo asequible. Además, para comprenderlos mejor, puede entenderlos en primera persona, es decir, contrastando su significado con la experiencia de su propia vida (la antropología se hace siempre en primera persona).

En segundo lugar, conviene apelar a su *paciencia*, pues es conveniente que los mejores resultados no comparezcan inmediatamente (grandes ideales a largo plazo); por ello, se presentan y explican en primer término los rasgos distintivos nucleares del hombre, para después vincularlos ordenadamente a la economía. Por tanto, estimado lector, si bien seguramente lo que buscas con mayor interés está en los epígrafes avanzados del trabajo, la fundamentación de lo que allí se declara sólo se logra si eso se vincula armónicamente con lo que se expone en los primeros, que se ofrecen seguidamente.

Por lo demás, como toda oferta es de libre aceptación, en tus manos está aceptar este planteamiento, ampliarlo, completarlo, o bien corregirlo, matizarlo, cambiarlo por completo o dejarlo de lado y adoptar otro más al uso. El autor de estas páginas agradece todas las observaciones que se le puedan formular, pues él -que no es econo-

mista, sino sencillamente profesor de antropología- está más interesado en aprender que en enseñar en este campo.

II. Planteamiento

Suele decirse que la vida humana es compleja. Seguramente lo es, porque el hombre, que es el sujeto de esa vida, asimismo lo es. En efecto, el hombre no es simple (simple sólo es Dios¹), sino que está conformado por pluralidad de dimensiones. Si se empieza a establecer distinciones entre estas dimensiones humanas, enseguida se cae en la cuenta de que existen muchas. Si se les presta un poco más de atención, se percibe que unas dicen un neto respecto a otras, o si se quiere, que se pueden agrupar según *dualidades*. Por ejemplo: sentidos externos-sentidos internos, sentidos-razón, apetitos-voluntad, razón-voluntad, actos-hábitos, actos-virtudes, varón-mujer, etc. Efectivamente, si se intenta explicar alguno de los miembros de esas dualidades, se observa que se requiere apelar al otro miembro para contrastarlo con el primero, es decir, para completar la explicación. Con el avance de las comparaciones entre las diversas dimensiones humanas se cae en la cuenta de que uno de los miembros es inferior al otro, al menos en algún aspecto. También, que no existe oposición entre ellos, y que no conviene que la haya. Se descubre asimismo que el miembro superior ayuda al inferior y que el inferior sirve al superior.

Pues bien, si tras los precedentes enfoques más descriptivos o *fenomenológicos* uno adopta un punto de vista más *ontológico* y se pregunta cuál es la dualidad humana más radical, es decir, la más básica en la que se asientan las demás, tal vez repare en un descubrimiento clásico de primera magnitud, y se sorprenda a sí mismo dándole la razón al propio Tomás de Aquino. Recuérdese que éste distinguía en toda criatura (no en Dios) entre *acto de ser* y *esencia*, y -siguiendo a

1 Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q. 3, aa. 1-8.

162 Aristóteles- enseñaba que el acto de ser se comporta como *acto*, mientras que la esencia se emplea como la *potencia*. Lo que precede indica, sencillamente, que en la constitución humana no todo vale lo mismo ni está en el mismo plano (es decir, no se da una especie de democracia igualitarista), sino que existen dimensiones más importantes que otras. En consecuencia, si la economía es una dimensión humana, habrá que averiguar si es más o menos importante, de cual otra u otras depende, o si a ella se subordina alguna otra dimensión humana.

Si se acepta la distinción real entre lo que la *metafísica* clásica denomina acto de ser (*actus essendi*) y esencia (*essentia*)², y esa distinción se admite en antropología³ -pues tal dualidad afecta a toda criatura-, se puede estar de acuerdo con que, en el hombre, el acto de ser lo conforma la *persona* humana (la *intimidad* personal), mientras que la esencia la constituyen en buena medida las *potencias espirituales* humanas (voluntad e inteligencia). Si se asume esa distinción se nota enseguida que el acto de ser personal es superior a la esencia humana. En efecto, por muchas cualidades intelectuales (ciencia, cultura, títulos, habilidades, etc.) que un hombre haya alcanzado con el desarrollo de su inteligencia, es manifiesto que tal hombre no se reduce a dichos logros, sino que se sabe superior a ellos. Y otro tanto cabe decir del perfeccionamiento de la voluntad: por mucha virtud que se haya alcanzado, la persona se sabe superior a esa perfección. Es más, precisamente porque se sabe por encima de esa potencia, nota que puede seguir desarrollándola. Además, es muy conveniente que no se conforme con la perfección adquirida, sino que impulse a que ésta siga creciendo. Pero también puede suceder que se conforme y que no eduzca más posibilidades de la voluntad, o sea, más virtud, e incluso que la envíe. Todo ello es posible porque cada persona es más que su voluntad y tiene a su voluntad en su mano. En cualquier

2 Tomás de Aquino, *In I Sententia*, d. 8, q. 5, a. 2.

3 Haya, F. (1997).

caso, es claro que toda persona se sabe más que sus facultades superiores, y ese conocer denuncia que la persona, *acto de ser*, no se reduce a la *esencia* humana, pues la esencia es la perfección adquirida (*vida añadida*) que no es nativa en esas potencias, que al inicio están -como decía el Estagirita- *sicut tabula rasa*. Ahora bien, si en este estudio estamos buscando las raíces humanas de la economía, habrá que intentar vincular o comparar a esta disciplina con cada uno de los miembros de la aludida distinción real, con el *acto de ser* personal y con la *esencia* humana, y ver cuál es su engarce preciso, su dependencia, su posibilidad de desarrollo o perfeccionamiento, etc. Ese es el empeño de este trabajo.

En suma, cada *persona es* un acto de ser distinto. A esta actividad nuclear también se la suele denominar *corazón*, *intimidad* humana, *espíritu*, etc. En cambio, las *facultades* que cada persona humana *posee* conforman la esencia humana. Esa es la clásica distinción entre el *ser* y el *tener*, a la que también se ha hecho referencia en la filosofía del siglo XX⁴. Al primer ámbito -el más importante- se le puede denominar *trascendental*; al segundo, *esencial*. El hombre alberga dicha distinción real, pero a la vez, alberga otras tanto en su acto de ser como en su esencia. En efecto, en el plano trascendental, la persona humana (el *co-acto* de ser personal) está conformada por varios radicales jerárquicamente distintos entre sí. Desde luego que cada quién es una única persona (también los esquizofrénicos...), pero en la intimidad personal humana tampoco todo vale lo mismo ni está en el mismo plano (por ejemplo, no vale lo mismo el amor a Dios que el amor a los hijos, aunque todos ellos sean amor personal íntimo). Por otra parte, el plano esencial humano está constituido, entre otras cosas, por las dos facultades aludidas y, asimismo, tampoco ellas son iguales, sino irreductibles entre sí y, además, jerárquicamente distintas (no es lo mismo el conocer de la inteligencia que el querer de la

4 Marcel, G. (1991), p. 48.

164 voluntad. Además, es claro que la persona está más unida a su querer que a su conocer).

De modo que lo que caracteriza al hombre es la pluralidad de dimensiones y la jerarquía entre ellas. Más aún, esa multiplicidad humana se vincula y ordena conformando *dualidades*. La conexión entre los miembros de una dualidad humana se realiza de modo que el miembro inferior *sirve* al superior, y el superior *favorece* al inferior⁵. El mayor *activa* al menor, y éste no se explica sin aquél (la esencia humana ni se activa ni se entiende sin el acto de ser⁶). Con todo, la persona humana tiene un carácter *simplificante*, pero no por ausencia de complejidad, sino porque el miembro superior de todas las dimensiones humanas atrae y aúna a los demás. Éste es, si de momento se quiere aceptar la propuesta, el *amor* personal. Por eso, si la economía es una dimensión humana inferior al amor personal, al final habrá que estudiar cómo se vincula esta disciplina con él, o si se quiere, habrá que notar cómo nace de él, cómo lo manifiesta y cómo se encamina a él.

Por otra parte, las *manifestaciones* humanas externas -la *economía* es una de ellas- dependen de la *esencia* humana, y ésta, como se ha indicado, del *acto de ser* humano. Por tanto, para entender a fondo las realidades manifestativas humanas, habrá que averiguar a qué dimensión de la *esencia* humana se subordinan y cómo lo hacen y, a su vez, cómo nacen de la persona a través de la esencia y cómo lo hacen. Esto es lo que se pretende averiguar en las páginas que siguen para el caso de la economía. Pero es claro que para señalar con qué dimensiones humanas engarza la economía hay que hacer, al menos, un somero elenco de las mismas y una breve presentación de ellas. Pasaremos, pues, a continuación a exponer de manera sucinta las

5 Piá Tarazona, S. (2001).

6 La inteligencia y la voluntad no pueden pasar al acto a menos que las active un acto superior a ellas y a ellas proporcionado.

distintas dimensiones humanas y su dependencia. Apelemos para ello a la firmeza del lector.

III. Las dualidades humanas trascendentales y esenciales

a) *Las dualidades trascendentales*. Esbochemos en primer lugar, y sintéticamente, los rasgos que caracterizan a la *intimidad* humana. Se seguirá en esto -como se ha adelantado- el planteamiento de Leonardo Polo. El *co-acto de ser* humano está conformado por cuatro radicales *trascendentales* que, por orden de mayor a menor, son: el *amar* personal, el *conocer* personal, la *libertad* personal y la *co-existencia* personal⁷. Éstos no son rasgos que la persona humana *tenga*, sino rasgos que ella *es*. El *tener* se predica de las posesiones humanas externas, de la profesión, del cuerpo humano y las facultades sensibles, de las manifestaciones humanas, de las facultades superiores de las que dispone la persona humana (voluntad e inteligencia), etc. Pero la persona humana no es ni su voluntad, ni su inteligencia, ni lo que hace o deja de hacer, ni su cuerpo, ni su trabajo, ni sus bienes externos..., ni tampoco el conjunto de esas realidades, sino la raíz de ellas -su *acto de ser*, en lenguaje metafísico-. Pasemos a la sucinta descripción de estos rasgos íntimos.

1) El *amor personal* es el trascendental humano superior, es decir, el rasgo que en mayor medida describe a cada persona humana por dentro, y al que deben subordinarse el resto de las realidades que la configuran, o aquellas otras de que ella dispone. Es el que aúna o vincula a los demás rasgos humanos, tanto trascendentales como esenciales y manifestativos. Tiene tres dimensiones de las que después hablaremos: *dar*, *aceptar* y *don*⁸. El amor personal no es una propiedad de la voluntad, pues lo característico de esta potencia es *buscar* el *bien* del que ella carece (dado que es *potencia* y requiere de

⁷ Polo, L. (2003a).

⁸ Al respecto Sellés, J.F. (2005c).

bienes para crecer, activarse), mientras que lo que distingue al amor personal es que no necesita, sino que sobreabunda (puesto que es *acto*)⁹; por eso no busca, sino que da, y lo que da no es bien, sino más que eso: *amor*. Se puede poner un sencillo ejemplo para distinguir ambos “quereres”: si en el “querer” de una persona a otra (esposos, padres-hijos, novios, hermanos, amigos, etc.) *se buscan* “compensaciones” materiales (culturales, monetarias, etc.) o inmateriales (afinidades intelectuales, psicológicas, saciar la afectividad, etc.), no se está ejerciendo el amor personal, sino el querer de la voluntad.

2) El *conocer personal* humano es el *sentido* personal, la *verdad* íntima de cada quién. No hay dos personas iguales. Cada persona humana es novedosa, irrepetible. Mientras vivimos, si lo pretendemos, vamos descubriendo progresivamente nuestro sentido personal, pero no somos capaces de desvelarlo por completo. Si lo fuéramos, Dios estaría de más, y ésta vida podría ser la definitiva. Pero es claro que eso no acaece. No podemos alcanzar nuestro sentido personal completo, porque el acto de ser humano es activo, y eso indica que no está clausurado sino que es creciente, y que ese crecimiento alude al futuro histórico y metahistórico. Por eso conviene precisar que, más que la persona humana sea tal o cual verdad, es mejor decir de ella que está llamada a serla. Pero esa llamada es una *vocación*. Por tanto, cada persona es una misión distinta. Pues bien, ese sentido al que cada uno está orientado es el conocer personal¹⁰. No nos dotamos a nosotros mismos del propio sentido personal, sino que lo descubrimos. Dotamos de sentido a lo inferior a nosotros (a nuestra esencia, a la cultura...), pero no a nosotros mismos. Por eso el sentido pro-

9 Posada, J.M. (2003), pp. 283-302.

10 En otros lugares mantengo la equivalencia entre dicho conocer personal y lo que la tradición aristotélica denomina entendimiento agente, que -para dicha tradición- es lo más activo del conocer humano. Ver: Sellés, J.F. (2003a); (2003b); (2005a); (2005b). Ver también García J. (2000), pp. 51-71.

pio no se reduce al sentido, más o menos reconocido, de lo que ha hecho o dejado de hacer.

3) *La libertad personal*. Estamos acostumbrados a vincular en exceso la libertad con nuestra capacidad de elección, y según eso nos consideramos libres de escoger una u otra cosa: comida, libro, casa, carrera, trabajo, empresa, ciudad, país, etc. Pero también es claro que ni con una, ni con todas esas elecciones posibles a lo largo de la vida, podemos emplear enteramente la libertad personal. Siempre nos queda, por así decir, mucha más que la que hemos invertido en un asunto. Saber esto puede ser relevante para un empresario, pues es conocer que su caudal de libertad es inagotable por mucho que lo emplee en su vida o en mil vidas que tuviese. Esa sobreabundancia inagotable es propia de la libertad personal, es decir, la que caracteriza a cada acto de ser personal humano. Si se nota este extremo, la siguiente pregunta que uno se hace es inmediata: ¿cómo invertir una libertad irrestricta? Y la respuesta es, asimismo, sencilla: sólo cabe una completa inversión respecto de una persona que la pueda aceptar irrestrictamente. Pero eso, sólo Dios. Esto indica varias cosas: a) que la libertad personal es apertura a la *trascendencia*; b) que una persona sola es imposible, pues una apertura personal exige la existencia de una persona distinta a la que la primera se abra¹¹; b) que la

11 La libertad personal es la *actividad* del espíritu humano, y tiene como norte (se *dualiza* con) el *conocer* y el *amar* personales aludidos arriba. Por eso, en los discursos al uso sobre la libertad en la que ésta no se vincula a la verdad y al amor personales, sino que se la aísla de ellos y se la considera autónoma o independiente, no se está aludiendo a la libertad *personal*, aunque el discurso retórico empleado pretenda ser edificante y no tenga como fin el libertinaje.

Tampoco hay que confundirla con una propiedad de los actos de la voluntad que permiten elegir esto o lo otro o no elegir, pues el decidir humano versa siempre sobre medios, mientras que la libertad trascendental tiene fin personal, que en modo alguno es un medio. Polo, L. (2005a) y (2005b); García, J. (2003), pp. 11-22; Piá Tarazona, S. (1999), pp. 83-97; Posada, J.M. (2006), pp. 183-208. Ver también Sellés, J.F. (2004b).

168 libertad personal muestra la existencia de Dios, pues sin él sería absurda.

4) La *coexistencia personal* es la apertura de cada persona humana a su propia *intimidad*. No cabe confundirla con esa vida ordinaria, más o menos afortunada o prosaica, o incluso lamentable, que insistió en describir el existencialismo del siglo pasado. La coexistencia personal es la apertura íntima de cada quién. Cada persona está abierta a su propia intimidad. Pero en esa intimidad la persona humana no encuentra la respuesta a la búsqueda de su propio sentido personal, pues la intimidad personal humana es una persona, no dos o más personas. Nota, por tanto, que la persona humana no puede culminar desde sí, y ese es su *límite radical, ontológico*; repara que requiere, por tanto, de una persona distinta para alcanzar dicha culminación. Pero esa otra persona no puede ser creada, porque toda criatura personal cuenta con ese mismo límite en su propio acto de ser¹². Por tanto, también la coexistencia personal -en rigor todos los trascendentales personales- muestra la existencia del Dios personal.

Para nuestro propósito habrá que saber vincular a la economía con cada uno de esos trascendentales personales, y no olvidar que, como son jerárquicos, no es pertinente, por ejemplo, vincular a la economía con la libertad personal por encima de su vinculación con el amar personal.

b) *Las dualidades esenciales*. Aludamos, en segundo lugar, y asimismo de modo breve, a algunos rasgos de lo que es segundo en importancia en el hombre: la *esencia* humana. Ésta también admite varias dualidades.

1) Por una parte, en el ámbito de la esencia humana hay que hablar del *yo*, que es distinto a la persona¹³. En efecto, conocemos nuestro yo, pero no enteramente quién somos. Del yo se suelen hacer tipo-

12 Polo, L. (1991), pp. 33-48.

13 Polo, L. (2004). Ver en ese libro el estudio introductorio de Sellés, J.F.(2004a).

logías, tanto de *yoes* normales como de *yoes* patológicos. Pero de cada persona no caben tipologías. Más aún, la persona puede destipificar su yo. El yo es como la cima de la esencia humana de la que son laderas la inteligencia y la voluntad; es el origen de toda la operatividad esencial humana, es decir, la fuente que activa a las potencias inmatrimales. Esta realidad humana es equivalente a ese hábito innato al que la tradición filosófica medieval denominaba *sindéresis*¹⁴. Los moralistas suelen decir de ella que es la *conciencia*. Se puede indicar que es la conciencia de que conocemos con la razón, de que queremos con la voluntad, etc.

2) Por otra parte, como se acaba de indicar, el yo activa a las dos potencias humanas superiores: a la voluntad¹⁵ y a la inteligencia¹⁶. Éstas son jerárquicamente -y por el orden de importancia indicado- distintas¹⁷. Estas potencias, sus actos y sus hábitos o virtudes son inmatrimales, aunque se sirvan constantemente (dirijan, gobiernen, eduquen, etc.) de las facultades sensibles y del cuerpo humano¹⁸.

Para nuestro propósito, habrá que saber vincular a la economía con la inteligencia, con la voluntad y, por encima de ellas, con lo que se ha llamado *yo*.

c) *Las dualidades manifestativas*. Atendamos, en tercer lugar, y resumidamente también, a las *manifestaciones* externas humanas. Es evidente que en el hombre existen muchas dimensiones sensibles: su cuerpo, sus movimientos, las acciones humanas, etc. A todas ellas las podemos llamar *manifestaciones* humanas porque salen al exterior y

14 Molina, F., (1999); (2001), pp. 35-60. Ver asimismo Sellés, J.F. (2003c).

15 Padial, J.J. (2006) pp. 209-243; Molina, F. (1996), pp. 773-785.

16 Molina, F. (2003), pp. 193-212.

17 Polo, L. (2003b).

18 Para mayor abundamiento en la investigación sobre esas dos potencias desde un punto de vista clásico, se puede consultar el trabajo de Sellés, J.F. (2000).

170 se perciben por los sentidos. Todas esas también se organizan según jerarquía, pues tampoco todo lo que el hombre manifiesta o realiza vale lo mismo. La vinculación entre ellas también respeta la dualización. Citemos algunas de ellas.

1) Mencionemos, en primer lugar, dos de ellas de primera magnitud, que son el origen de las demás: la *familia* y la *educación*. Es claro que ambas son sensibles. También que la segunda depende de la primera y a ella debe subordinarse¹⁹. A su vez, es notorio que de la familia y de la educación dependen muchas otras *manifestaciones* humanas, que también deben vincularse subordinadamente entre sí, y todas ellas a estas dos.

2) Refirámonos, en segundo lugar, a algunas otras manifestaciones humanas sensibles, también por orden de mayor a menor importancia: la *ética*, la *sociedad*, el *lenguaje*, el *trabajo*, etc. Es obvio que no cabe *trabajo* sin *lenguaje*, pues la *praxis* lingüística es superior a la *praxis* productiva y condición de posibilidad de ella, pues la regula²⁰. No cabe tampoco trabajo y lenguaje sin *sociedad*, como es manifiesto. Y, asimismo, tampoco es posible la sociedad sin la *ética*, pues ésta constituye el único vínculo suficiente de cohesión social, pues todos los demás, (bienes naturales, culturales, instituciones intermedias, administración, medios de información, órganos de poder, etc.), se pueden usar *bien* o *mal*. Si bien, aúnan la sociedad; si mal, lo contra-

19 Por eso las instituciones de enseñanza básica y media nacen de las familias y tienen a ellas como a su fin. Por su parte, la universidad no es una mera institución educativa. Su fin no es, en primera instancia la educación, sino descubrir la verdad en la punta de lanza de cada saber superior. El transmitirla es segundo respecto de descubrirla.

20 En efecto, sin peticiones, ordenes, preguntas, escritos *-lenguaje* en definitiva-, no cabe trabajo.

rio. Pero el saber que dirime entre el bien y el mal de modo objetivo es únicamente la ética²¹.

Es claro que la *economía* se debe supeditar, en primer lugar, a la *familia* y a la *educación*; no a la inversa. Y no es menos manifiesto que la *economía* depende, en segundo lugar, del *trabajo* humano. En consecuencia, debe estar en función del modo más humano de trabajar, o sea, que los resultados se deben subordinar a las acciones humanas. En efecto, la producción debe subordinarse a la acción humana, no al revés. A la par, el trabajo debe ser llevado a cabo de manera que fomente la *cohesión social*, de modo que use bien del *lenguaje*, a saber, según la *veracidad* -en el fondo, según la *virtud*-, y al modo *ético* de vivir socialmente, a saber, en orden al bien común de acuerdo con el perfeccionamiento de la esencia humana (nociones de *hábitos* y *virtudes*).

Dicho lo que precede, a continuación es pertinente vincular, en primer lugar, la economía con los *radicales trascendentales* propios del *acto de ser* humano y, en segundo lugar, con algunas dimensiones propias de la *esencia* humana y, todo ello, siguiendo el orden real de importancia.

IV. Las raíces de la economía en el acto de ser humano

a) *El amor como raíz de la economía*. En una primera apreciación, decir que el amor mueve a la economía puede sonar a ocurrencia poética, cuando no un ideal descabellado o, por lo menos, inusual. Pero antes de juzgar intentemos centrar detenidamente la atención en el asunto. Las dimensiones del amor personal humano son -como se ha adelantado- tres, que de más a menos son las siguientes: *aceptar*, *dar* y *don*. La persona humana es, en primer lugar, *aceptar* por-

21 Por eso, el mayor enemigo de nuestra sociedad es el *relativismo ético*. Polo, L. (1997b).

172 que es *criatura*, y lo primero en toda criatura no es dar sino aceptar, porque el ser de ésta es recibido. En efecto, sólo se da si se acepta y en la medida en que se acepta. De manera que el dar es segundo respecto del aceptar. Por su parte, el don es tercero tras el dar y el aceptar personales, pues una persona sólo ofrece dones, si primero se da personalmente a los demás, y en la medida en que lo hace. Y sólo se da quién acepta a los demás (y es aceptado) y en la medida en que lo lleva a cabo.

Aceptar, dar y don no tienen un carácter *necesitante*, sino todo lo contrario: *desbordante*. Eso es así porque el ser humano es *superabundancia de ser*, es decir, no es un ser clausurado, sino una fuente inagotable de ser que es, además, *creciente* irrestrictamente²². Por tanto, frente a la concepción económica del marxismo que concibe al hombre como un ser de necesidades, hay que señalar que el hombre es más capaz de aportar que de recibir. De manera que si la economía consiste en una peculiar aportación humana, para que ésta no quede sin *sentido personal* hay que vincularla en primera instancia a la intimidad del *amor personal* humano. De admitir este enfoque, quien haga economía ofrecerá lo que vale la pena ser ofrecido (con un ejemplo: no vale la pena ofrecer preservativos, aunque con ello se gane dinero, porque despersonalizan). Además, al ofrecer dones, lo llevará a cabo entregándose personalmente, y la entrega personal de cada quién dependerá de la aceptación personal de tal persona. Desde esta perspectiva es pertinente indicar que la economía debe tener su *raíz* y su *fin* últimos en el amor personal humano. O, visto como norma negativa, una economía que no nazca de dicho amor, no lo manifieste y no se encamine a él carecerá de sentido personal y, por tanto, las acciones económicas que lleve a cabo no estarán *atravesadas del sentido* personal propio de cada quién. De ser coherente con este planteamiento, quien así proceda no se deberá extra-

22 Si el ser personal desborda y crece, lo hace respecto de un proyecto, de un fin último que debe ser una persona.

ñar de que los demás tampoco le acepten personalmente a él a través de sus obras.

b) *El conocer personal como raíz de la economía.* Hablar de sentido, de verdad personal, es hablar de transparencia, de luz, de conocer personal o, si se quiere, de *conocer a nivel de ser*. En este sentido cabe decir que cada persona es una verdad distinta, o también, un conocer distinto²³. La economía se origina del *amor* personal, pero también del *conocer* personal. En efecto, sin alcanzar el propio sentido personal difícilmente se acepta a sí y a los demás, y raramente se entrega. Si no hay entrega, escasean los dones o éstos devienen impersonales. Además, quien escasamente se conoce, dota a sus acciones de un sentido que no es el suyo propio, sino el propio de otro al que imita, o el común de un grupo, de la sociedad, etc. En esa tesitura las propias acciones no están atravesadas de sentido *personal*. Más aún, a veces son carentes de sentido, no sólo personal, sino también *esencial*, porque no favorecen el bien común humano, sino que lo imposibilitan. Ejemplificando: un empresario puede invertir en la construcción de un rascacielos en Chicago para que la fama de su nombre perdure. También puede invertir en una institución que fomente en esa ciudad la pacífica convivencia -todavía no asegurada- entre blancos y negros. Puede invertir asimismo, en una institución que fomente además la apertura personal de cada persona a Dios, una buena universidad, por ejemplo. ¿Cuál de esas tres inversiones tiene más sentido personal, cuál más sentido esencial, cuál más individual? Además, a la larga, ¿cuál de las tres inversiones es más rentable, la más o la menos personal?

c) *La libertad personal como raíz de la economía.* Como se ha indicado, la libertad personal indica apertura personal hacia la trascendencia. Su norte es la verdad personal, y esa actividad que es la libertad está animada por el amor personal. De modo semejante a como sin

23 Un conocer personal (*método*) no puede carecer de *tema*; y si este conocer es personal, su tema también será personal.

174 *libertad personal la ética es imposible, sin libertad es claro que tampoco cabe el trabajo, y sin él es imposible la economía*²⁴. El ejemplo a poner aquí es muy socorrido: en la antigua Unión Soviética la libertad personal estaba mermada, perseguida. ¿Cómo era su economía?

d) *La coexistencia personal como raíz de la economía*. Como se ha indicado, *co-existencia* indica que la persona es personalmente abierta hacia su propia intimidad. En el plano de la intimidad se descubre que una persona única es imposible. Por su parte, en el plano de las manifestaciones advertimos que el agente económico social no es el hombre aislado sino la *empresa*. Un hombre sólo no hace economía²⁵. En consecuencia, hay que concluir que la empresa es posible a nivel de *manifestaciones* humanas porque el hombre en su intimidad, en su *acto de ser*, es *co-existencia*. Es más, en la medida en que alguien se sabe más coexistencia con lo demás, más fomenta la coexistencia ajena y, consecuentemente, más favorece la confianza en las relaciones personales. Ahora bien, es claro que una empresa económica en la que la confianza no se valora... es poca empresa y poca economía.

Como se ve, en este trabajo se intenta notar que el hombre es un “ser económico” desde su raíz, de cómo lo es, y para que lo es. Se pretende buscar, por consiguiente, la dimensión profunda del ser humano que posibilita la economía y la esclarece, es decir, le dota de sentido y la canaliza. En suma, la raíz última de la *economía* hay que buscarla en el hombre en su *amar*, en su *conocer*, en su *libertad* y es su *coe-*

24 Las *ciencias empresariales* son ciencias *humanas*, pero no lo serían si las leyes económicas no estuvieran subordinadas a la libertad humana. En rigor, la economía depende de la libertad *personal* humana. Se subraya *personal*, porque como el norte de esa libertad es el *conocer* y el *amar* personales, es imposible confundir esa libertad con el libertinaje, pues tal libertad no carece de la verdad personal y se subordina a la aceptación personal.

25 Polo, L. (2003c), lección 5ª.

xistencia personales, es decir, en esos *trascendentales* que conforman el *co-acto de ser* (que no son algo *de* un quién, es decir, una *esencia*, sino el quién, el *ser*).

Se ha indicado también que en el hombre las diversas facetas que lo conforman son *jerárquicas*, es decir, no todo en él es igual, está en el mismo plano o vale lo mismo. Por consiguiente, si la economía es una realidad netamente humana, tampoco las características esenciales de esta disciplina valdrán lo mismo, sino que una de ellas será superior a otras. Ratifiquemos esta tesis con una observación. Como es sabido, desde el liberalismo es socialmente aceptado que la *ley de la oferta* debe conmensurarse con la *ley de la demanda*. Sin embargo, de acuerdo con lo indicado más arriba, si la persona humana es pura añadidura de ser, puro ofrecimiento inagotable, esa visión económica deberá ser corregida.

En efecto, si el hombre no fuera *dar*, no podría ofrecer *dones*, y de ese modo no habría trabajo y con él economía. El trabajo humano es un dar, un *añadir*. El hombre añade porque es capaz de más, porque no se conforma con lo que el mundo le ofrece. Es más que el mundo y le añade a él. Y añade siempre más porque, como se ha dicho, su ser, de donde nace su actividad otorgante, es inagotable. Conviene añadir también que sin trabajo *en común* la economía sería imposible. La economía está al nivel de la *manifestación social* del *dar* que los hombres son. Pero el hombre es más *aceptar* que *dar* respecto de personas, del ser del mundo y de Dios. Sólo se entrega al ser divino, a los demás y al mundo quien los acepta en su ser. Y sólo ofrece dones a Dios, a los demás y al mundo quien se entrega. Si en el ámbito de la intimidad el hombre es dar, y no pedir, la economía, más que en la demanda, se debe basar en la *ley de la oferta*. Pero, por encima del *dar*, la persona humana es *aceptar*. La manifestación económica del aceptar personal es el *contrato*, no el dinero que se recibe. Por eso, éste debe subordinarse a aquél, no a la inversa²⁶.

26 Los buenos profesionales son los que trabajan más por lealtad a una empresa que por las retribuciones monetarias que perciben. Sólo así se explica que cambien de trabajo y pasen a trabajar en una empresa que consideran mejor (más humana, con mayor repercusión en la confección de bien común, etc.) a pesar de que sus ingresos sean menores.

176 Se suele decir que lo propio de la economía es lograr la *subsistencia* en la vida natural. A ese nivel el hombre es *necesitante*, pero sólo hasta cierto punto. En efecto, su nuda corporeidad requiere de añadidos (alimento, vestido, hogar, medicinas...) para ser viable. Pero es claro que el cuerpo humano no es una carencia, sino un *don*, que está diseñado más para *aportar y trabajar*, que para recibir y consumir. La mal llamada *sociedad de consumo* no repara en este extremo²⁷. El que el dar *manifestativo* en el hombre sea superior al recibir se ratifica por el sentimiento espiritual que acompaña a uno y otro, pues es claro que hay más alegría en dar que en recibir.

Durante buena parte de su vida el hombre *recibe*, es mantenido biológicamente y educado²⁸. Parece que da poco o nada (a veces, sólo disgustos...). Ahora bien, el hombre radicalmente, en su *ser*, es *dar*. No es que dé cosas, sino que *es un dar*, un *darse*. Su núcleo personal, su *ser*, es apertura y eso significa que al abrirse a los demás se da él mismo²⁹. Teniendo en cuenta lo que precede, nos podemos percatar de que la mayor riqueza de los países no hay que vincularla reducti-

27 La expresión “sociedad de consumo” parece contradictoria, porque el consumo no necesariamente cohesiona la sociedad, sino que más bien parece disgregarla, ya que si lo único que vincula lo social son los bienes de consumo, como éstos se reparten, es claro que los que consume uno no los puede participar otro, y eso separa más que aúna. Ello indica que el hombre es más trabajador que consumidor, porque el hombre a lo largo de su existencia tiene más capacidad de aportar que de gastar. El fin del hombre no es consumir. Quien sólo busca consumir, el que sólo busca el placer, acaba -como dice San Agustín- estragado, porque la capacidad humana de placer es mucho más limitada que la capacidad de trabajo. Además, abocándose al placer se pierde la ilusión, la capacidad de trabajo, de cooperación fiable con los demás, de esperanza respecto del futuro, pues el disoluto centra la mirada en el presente, porque el placer se da en él. Ahora bien, no hay economía posible sin trabajo, confianza, cooperación y apertura al futuro. En este sentido, el conservadurismo es antieconómico. Además, el crecimiento económico es proporcional a la ilusión y confianza que se pone en los diversos trabajos.

28 Polo, L. (2006).

29 Esto es así en el hombre incluso antes de que éste alcance a tener conciencia. En efecto, el niño recién nacido se entrega inerte en brazos de sus padres. Los padres crecen como padres precisamente por la entrega de su hijo.

vamente a sus recursos naturales o a sus infraestructuras. Tampoco hay que ceñirla a su tecnología o medios de producción, sino que hay que hay basarla en las *personas*, en lo que cada una de ellas puede aportar³⁰. Por eso, desde este punto de vista, el control de la natalidad es la negación más absurda del crecimiento económico³¹.

V. Las raíces de la economía en la esencia humana

Dejemos ahora el nivel del *acto de ser* humano (amar, conocer, libertad y coexistencia personales) y atendamos a la *esencia* humana. Forman parte de la esencia humana -como se ha dicho- el *yo*, la *voluntad* y la *inteligencia*. Preguntémonos, pues, como es el yo humano y qué se da en esas potencias superiores que posibilite la economía.

El carácter *donal* de la persona se manifiesta en la *esencia* humana. Cada persona otorga, da crecimiento a su *esencia* a lo largo de la vida, puesto que ésta tampoco es fija y clausurada. Esa activación redundante, en primer lugar, sobre el *yo*. En efecto, el yo humano atraviesa diversas fases a lo largo de la vida: infancia, afirmación juvenil, madurez, vejez, etc.³². Es obvio que el yo maduro rinde más económicamente, y también es claro que abundan los *yoes* inmaduros en edades preocupantes.

En segundo lugar, el acto de ser personal redundante -a través del yo- en las facultades superiores. Efectivamente, ese hacer crecer a la

30 Simon, J. (1986) y (1998).

31 En efecto, las campañas de control natal han intentado ser justificadas por el motivo de evitar el problema de la superpoblación. Pero está comprobado que éste es un pseudoproblema aireado por campañas publicitarias a cargo de ciertas organizaciones que han perseguido intereses economicistas con medios hedónicos. Zurfluh, A. (1992).

32 En cambio, carece de sentido decir que una persona sea niña, joven, madura o vieja, pues si el predicar esos atributos temporales de la persona humana fuese nuclear para ella, sería más persona una de 80 años que otra de 8, asunto absurdo. La persona como tal no cumple años. Su crecimiento personal no lo mide el tiempo físico, sino su vinculación al Dios personal.

178 dotación nativa de esas potencias se realiza según *hábitos* adquiridos en la inteligencia y según *virtudes* conquistadas en la voluntad. Para la consecución de ese incremento interno la persona se sirve de algo externo: del *trabajo*. Con el trabajo el hombre no sólo perfecciona lo externo, el mundo, la sociedad, sino que también mejora su esencia. En este sentido se puede describir al hombre como un “perfeccionador perfectible”³³, porque él no es inmune a sus propias acciones. Por eso, la raíz de la economía a nivel de la *esencia* humana hay que buscarla en el *yo*, en la *voluntad* y en la *inteligencia*, en el modo de operar de esas facultades y en su crecimiento. Atendamos brevemente a esto último.

La economía es posible porque el hombre es susceptible de *posesión práctica*. Pero lo es porque previamente es capaz de *poseer ideas*, es decir, de *posesión inmanente*. La economía es un modo de *tener*, justamente el inferior entre los posibles al hombre (el teórico, el de hábitos y virtudes, etc.). Es el modo de *tener práctico* del hombre. Es la adscripción de propiedades en relación con el cuerpo humano, absolutamente necesaria para la viabilidad de éste. Ahora bien, dado que es el modo más bajo de posesión, debe nacer de y estar subordinado a los superiores. Eso indica que es *medio* respecto de los otros que son *fines*. Si se convierte en un fin en sí (como tiende a suceder en el capitalismo materialista), el hombre no sólo asegura su infelicidad, porque se conforma con poseer lo de menor valor y de poseerlo endeblemente, sino que también impide el crecimiento de la economía, porque ésta se incrementa en la medida en que el trabajo se convierte cada vez en más cognoscitivo, más humanizado, menos material. *Tener* significa *ser dueño*. Ser dueño de las cosas poseídas y dueño de la propia actividad práctica indica que tales realidades están en función del hombre y no el hombre en función de ellas. El hombre ejerce un señorío sobre sus propiedades y sus acciones.

33 Polo, L. (1994), p. 14.

Si sólo pudiésemos poseer según el modo práctico, o sea, si sólo poseyésemos cosas exteriores adscritas al cuerpo, habría que darle la razón al *materialismo*. Pero si los demás modos de poseer son posibles y superiores, porque las tenencias son más íntimas, mejores, y menos susceptibles de pérdidas, -y todo ello es posible al hombre-, habrá que considerar al *materialismo* como la mayor reducción antropológica posible en este campo. Ahora bien, la posesión corpóreo-práctica no es en modo alguno despreciable, puesto que también ella nos distingue de los demás seres, ya que los animales, en rigor, no poseen³⁴. La economía entronca con el primer tipo de posesión y debe subordinarse a las demás posesiones. Si no lo hace, aparece el *economicismo*. Pero el fin del hombre no es el lucro, atesorar por atesorar, negociar por negociar, sino que sacamos partido de las realidades prácticas para facilitar los otros modos de posesión³⁵. Esos otros modos no son sólo fin de la economía, sino su condición de posibilidad, su raíz. En efecto, sin pensar (sin *ideas*), sin *posesión teórica* previa, no somos capaces de desarrollar ninguna actividad productiva ordenada³⁶.

A su vez, la posesión de ideas sólo se justifica en la medida en que éstas permiten perfeccionar cada vez más a la inteligencia. La inteligencia se perfecciona irrestrictamente según *hábitos* adquiridos³⁷. Así, a mejores ideas prácticas y a mejor puesta en práctica de las mismas, mayor *prudencia*, hábito superior de la razón práctica³⁸. La for-

34 Por otra parte, los ángeles *no poseen* según el cuerpo, puesto que carecen de cuerpo, y Dios *no tiene*, sino que *es*.

35 Por ejemplo, hacemos libros u ordenadores para facilitar el conocimiento; construimos aparatos de comunicación para favorecer las virtudes sociales, etc.

36 Por ejemplo: el buen empresario no es el que se deja vencer por el activismo -ese es el yuppie-, sino el que dedica la primera audiencia de su día a la sopesada y paciente deliberación racional. Al respecto Polo, L. (1997b).

37 Sellés J.F. (2001).

38 Sellés, J.F. (1999).

180 mación es siempre la mejor inversión y, por cierto, la menos costosa económicamente. Por lo demás, los hábitos adquiridos de la inteligencia se deben subordinar a las *virtudes* superiores de la voluntad, a la *justicia* y a la *amistad*³⁹, cuyo crecimiento también es irrestricto, sencillamente porque la prudencia se refiere a cosas, mientras que la justicia y la amistad a personas. También por eso, las injusticias laborales son más dolorosas y perniciosas que las imprudencias, y las traiciones de los amigos, lacerantes. Además, a veces se toman como imprudencias actuaciones que no lo son, pues responden a la libertad personal de cada quién, que, sin ser equivocada ni ir contra la libertad de los demás, no tiene por qué someterse a la de aquéllos porque éstos no la entiendan, ya que someterla equivaldría a admitir la esclavitud en su más alto nivel: en el del acto de ser personal.

En suma, la economía es una posesión medial. Con todo, es un medio imprescindible para la vida humana. Además, admite pluralidad de formulaciones, pues no existe una única posibilidad económica. Como no es fin en sí, es susceptible de ejercicio libre. Por eso hay que sostener, frente a los postulados marxistas, que la economía depende de la libertad humana. También por eso, “las leyes económicas no son absolutas”⁴⁰. Como la economía no es fin en sí, no debe realizarse la actividad económica de cualquier manera, sino en la medida en que encamine mejor los medios a los fines superiores. Ese “mejor” indica que el ejercicio económico debe supeditarse a la *ética*. De los fines superiores derivará necesariamente, pues, su legitimidad.

Sin *razón práctica* no cabe descubrir *alternativas*, y sin ellas no caben las *leyes económicas*. Ahora bien, como la razón práctica debe subordinarse a la *voluntad recta*, la economía depende de las decisiones, porque *decidir* es de la voluntad. Como la rectitud de la voluntad es

39 Polo, L. (1998). Ver asimismo: Sison, A. (2003).

40 Polo, L. (1987), p. 206.

un tema *ético*, la economía depende de la ética y debe subordinarse a ella. Del diverso modo de asignar recursos a determinados proyectos surgen los *precios* y, en consecuencia, el *dinero*⁴¹. Ello indica que el economista depende del que propone objetivos. Este último suele ser el *empresario*. De ahí la importancia capital de que los empresarios aprendan a deliberar, juzgar acertadamente e imperar (*eubulia*, *syne-sis* y *prudencia*, respectivamente, que son hábitos de la razón práctica), y a decidir bien (según virtud de la voluntad) sobre los diversos objetivos prácticos. Ese aprendizaje práctico es, pues, *saber prudencial* y *ético*.

VI. La empresa: base social de la economía

Suele describirse a la economía como la ciencia que estudia los intercambios de las diversas realidades que poseen los hombres. Un hombre sólo, por consiguiente, no hace economía. La *sociedad*, por tanto, es imprescindible⁴². La *esencia* humana, aun no reduciéndose a la sociedad, sin ella es incomprensible. Los intercambios humanos se deben a que el hombre tiene a su disposición diversas *alternativas* prácticas, es decir que las salidas, los proyectos a realizar son múltiples y ninguno de ellos es necesario. La *libertad*, por tanto, es un requisito de la economía. Para encaminarse a la ejecución de una u otra posibilidad real factiva el hombre cuenta con unos determinados *recursos*. El asignar unos recursos para un proyecto, restándose los en consecuencia a otro, es lo que pone en marcha a la economía. De la economía no dependen ni los *finés*, es decir los objetivos a perseguir -eso más bien es *ético*-, ni los *recursos* de los que de entrada se dispone para lograr los objetivos -eso es *natural* y *cultural*-, sino el estudio de las *reglas* con las que se destinan los recursos para alcanzar los fines. Las *reglas* de la economía dicen cuál es el mejor modo

41 Mathieu, V. (1990).

42 Alvira, R. (2004).

182 de emplear los recursos para la realización de un proyecto -que normalmente se reducen a esto: “mínimo gasto, máximo rendimiento” o también “conseguir más con menos”-, partiendo de que ese proyecto se ha diseñado racionalmente y decidido voluntariamente de antemano.

La *empresa* es una organización de hombres. Es más que economía; es condición de posibilidad social de ella⁴³. La empresa es la organización de la institución mercantil. Si una persona no es explicable sin otra (la persona es *co-existencia*), la economía tampoco puede ser asunto de intereses individuales. De ahí que sea la *empresa* y no el individuo el agente económico real. La actividad empresarial consiste en la *organización* de actividades prácticas, no sólo en realizarlas, sino en organizarlas⁴⁴. La empresa es, pues, ante todo, un asunto humano, no un asunto económico o político. Y es, además, uno de los mejores factores humanizadores de la sociedad, porque ésta es muy compleja, y sólo una serie de equipos especializados en esa diversidad de problemas puede dar solución a los mismos.

Para que se dé la empresa es requisito indispensable que haya *mercado*⁴⁵. Donde no hay mercado (por ejemplo, en la antigua China de Mao) la empresa es precaria o inexistente. ¿Qué relación guarda la empresa con el mercado? Para algunos la empresa y el mercado son dos dimensiones de la misma realidad social, pues consideran que el mercado es la institución que, organizada en empresas, posibilita la economía. Según eso, el mercado parece ser superior a la empresa.

43 “Una empresa es la promoción de la actividad humana, en tanto que la actividad humana es productora”, Polo, L. (1996), p. 58. Ver también Martínez-Echevarría, M.A. (2000).

44 Las mejores empresas no son las que más producen, sino las mejor organizadas. Además, a la larga producirán más y asuntos mejores.

45 “El *mercado* es lo propiamente económico, lo que estudian los economistas (precios, competencia, comercio interior y exterior, cómo se vende, cómo se compra, etc). Polo, L. (1985), p. 19.

Para otros, en cambio, la empresa es superior al mercado, pues describen la relación entre empresa y mercado de este modo: “la empresa está en el mercado, pero es impenetrable al mercado. Constituye una *institución*, un tipo de organización que no obedece a las leyes económicas, es decir, a las leyes del mercado”⁴⁶. Algunos matizarían lo precedente diciendo que la empresa cumple las leyes económicas, pero que dicho cumplimiento no agota el papel institucional de la empresa. En cualquier caso, mercado y empresa, si son dos dimensiones humanas hay que *dualizarlas* y ver cuál de ellas es la superior. Los economistas estudian el mercado incluso antes de crear una empresa (*estudios de factibilidad*); ahora bien, ¿estudian los economistas qué es una empresa? Esto es más deseable. A ello se dedican recientemente algunos institutos universitarios de *empresa y humanismo*. ¿La empresa es un asunto de reglas o leyes económicas? No; es un asunto humano, y por ello, *antropológico*. De manera que una antropología que no tenga en cuenta que el hombre es un ser *oeconomicus* y que la clave de eso es la empresa no es completa.

Por otra parte, la *empresa* y la *política* también están relacionadas. Ambas son sedes de *poder*, y a ambas debe caracterizar la *unidad* en el poder, pues un poder en el que no se da unidad en el gobierno es un poder *problemático*; un poder que se toma a sí mismo como problema, en vez de ser precisamente lo contrario: el solucionador de los problemas. El logro de esto, no obstante, lo tiene más fácil la empresa que la política, pues, por definición, la empresa es un proyecto unitario, nacido de una comunidad de fines. En cambio, la política tal como hoy se presenta, debido a la mentalidad partidista, es un equilibrio de poderes más que una unidad en el poder. Además, la empresa es susceptible de *delegar* el poder mucho más y mejor entre sus miembros, de tal manera que logre la *responsabilidad e iniciativa* de sus trabajadores, indispensable para la buena marcha de la empresa. Este asunto es más arduo en la política porque la distribución del

46 Polo, L. (1985), p. 19.

184 poder entre sus componentes no es fácil y no es inmune al peligro de la burocratización administrativa, lacra que no es productiva, sino que ralentiza la productividad. En esto la empresa es quien puede dar lecciones en el futuro a los gobernantes.

VII. Empresario es quien sabe ofrecer; trabajador, quien ofrece

La clave de la economía es, como se ha dicho, la *oferta*, no la *demanda*. En consecuencia, es empresario el que sabe ofrecer y ofrece lo que vale la pena ser ofrecido. En efecto, el que ofrece asuntos insignificantes o superfluos a la sociedad es mediocre como hombre y como empresario. El empresario no es el que se dedica a ganar dinero, sino el que asigna dinero para la realización de un proyecto que traerá consigo nuevas y mejores posibilidades para la sociedad. Para saber ofrecer, un empresario debe *saber decidir*. No sólo *saber* (razón), porque puede quedar el proyecto inédito, pero tampoco sólo *decidir* (voluntad), porque no se puede decidir imprudentemente. Para fortalecer el saber práctico el mejor remedio es la *formación*. Para fortalecer la decisión: *responsabilidad*. Por eso, el empresario que se precie debe buscar, por una parte, su *formación* personal y la de sus empleados, y, por otra, a la par que no escurrir personalmente el bulto, debe fomentar la libertad y la responsabilidad de sus trabajadores, de modo que éstos no se consideren unos “mandados”. La capacitación de dirigentes y empleados, y el hacer la empresa propia, con la responsabilidad que ello conlleva, es garantía de eficacia. Se puede decir por eso que el cometido de un empresario es parecido al del *educador*, o al del *líder* positivo, teniendo en cuenta que en este caso el liderazgo no es individual, sino propio de una *organización* en la que todos sus miembros crecen⁴⁷. Es pertinente dirigir la empre-

⁴⁷ Liderar una empresa no consiste en que los que pertenecen a la dirección decidan sobre un asunto que no ven claro por mayoría de votos, sino en que quién sabe tener la mejor solución sea capaz de convencer a los demás de ella.

sa aceptando y dando personalmente y, en consecuencia, para que cada persona acepte y dé de sí lo mejor, y no consuma o despilfarre arbitrariamente los bienes. Con todo, nadie se da si no es fuerte de carácter. De modo que es indispensable adquirir la virtud de la *fortaleza* e instruir con talante fuerte a los demás en ella⁴⁸.

Un empresario se debe parecer más a un *maestro* que a un *jefe*. No es superfluo reparar en la distinción entre ambas nociones. La autoridad del maestro se debe a su sólida formación, que le hace estar seguro del modo de trabajar. La del jefe, en cambio, es prestada y se ampara en la jerarquía de los puestos de mando. El primero es capaz de sacar de sus subordinados el mejor trabajo, mientras que el segundo no suscita tal crecimiento. El primero se satisface cuando sus inferiores le rebasan en algún saber, mientras que el segundo ve con recelo ese crecimiento, y si se llega a dar, como le acarrea inseguridad, se defiende de él con la autoafirmación (a veces con la crítica negativa, que admite muchas modalidades). El primero transmite ilusión; por eso conforma equipos de trabajo y suele hacer escuela. El segundo, en cambio, se rodea de personas que no están ni unidas entre sí ni con él para que no le hagan sombra. El primero manda enseñando, aconsejando; el segundo, autoritariamente, con un lenguaje duro, a veces soez, con desplantes. El primero corrige en proporción a la falta, razonadamente y no de modo humillante. El segundo, por su parte, suele corregir con pérdida de control, humillando (amenazando con el despido o incluso despidiendo), lo cual fomenta un clima de desconfianza, chismorrería y maledicencia, cuando no humillaciones y depresiones en algunos de sus subordinados; se trata del ámbito de las “broncas”, que buscan siempre mantener la propia posición a costa incluso de la verdad. El maestro no utiliza su *status* en su vida de relación, es decir, tiende a ser asequi-

48 Sembrar lo que en ámbitos tropicales se llama “flojera”, abdicando de dar y de corregir (corregir es *dar* corrección), se cosecha pobreza de todo orden, económica, cultural, laboral, moral, etc.

186 ble, sencillo, cordial, comprende y disculpa, tiende a ser amigo de sus trabajadores. El jefe, lo contrario, tiende a hacer valer su rango por la altura del cargo que ocupa, no por cómo lo desempeña, pues con él no pretende servir, sino que busca su propio encumbramiento; y para no perder su posición, su actitud es defensiva respecto de los demás. El primero favorece la libertad y la responsabilidad personales. El segundo, en cambio, tiende a uniformar.

Por su parte, lo que caracteriza a un buen trabajador es, como su nombre indica, trabajar mucho y bien; y eso es *ofrecer*. Pero nadie ofrece si no *acepta*. Y difícilmente se acepta cuando no se *es aceptado*. No sólo es cuestión de talento o de oportunidades, sino de trabajo libre y responsable⁴⁹. Sin libertad la economía es precaria⁵⁰. Sin embargo, la empresa no la forman sólo los dirigentes ni sólo los trabajadores, sino unos y otros aunados bajo un *fin común*⁵¹. Por eso el futuro del trabajo en la empresa no hay que cifrarlo en la tecnología, que no pasa de ser un medio, sino en la *intercomunicación*, en el diálogo, en la *organización* entre empresarios y trabajadores que las nuevas tecnologías exigen.

Atendiendo a la precedente relación, también sería conveniente preguntarse qué modelo de patrono y de trabajadores suelen reclamar actualmente los *sindicatos*, para conocer si sus reivindicaciones son más o menos humanas y humanizantes. También para dilucidar si el

49 “El talento y las oportunidades son los lados de la escalera que todos los hombres deben ascender, pero los peldaños sólo pueden formarse con afán, sinceridad y trabajo serio y honrado. Las reglas de oro de mi vida han sido siempre no poner nunca la mano en cosa alguna en que no pudiera poner mi ser entero, y no despreciar nunca mi trabajo, fuere el que fuere”, Dickens, Ch. (1962), pp. 380-381.

50 La esclavitud de todas las épocas ratifica este aserto, una de cuyas últimas muestras nos la brinda el *comunismo*.

51 Si ambos, capitán y jugadores, no son conscientes de que juegan en el mismo equipo para ganar primero en humanidad y en segundo lugar económicamente, la empresa fracasa como tal.

modelo de *ejecutivo* que domina en nuestra sociedad es más o menos correcto. ¿Plantean la empresa como una unidad de dirigentes y operarios ante un fin común o como lucha? Asimismo sería factible estudiar desde esa perspectiva la mejor o peor organización humana de la amplia gama de *instituciones intermedias* que no son en sentido estricto empresas, como es el caso, por ejemplo, de una universidad, de una asociación cultural, etc. Pero todo ello, si bien muy humano y por ello muy interesante, desborda este marco.

VIII. Pobres ricos y afortunados pobres

Según lo sentado más arriba, es pobre el que no saca partido de sus capacidades. De modo que tanto los que la sociedad llama ricos como los que denomina pobres pueden encuadrarse dentro de un estado lamentable de miseria humana, si esas personas no dan de sí lo que pueden y deben dar⁵². Si bien todos los hombres deben dar, puesto que son sociales por naturaleza⁵³, el dar de cada quien es distinto, porque su modo de dar manifiesta su *ser personal*, que -como se ha indicado- es la única realidad existente a la que se le puede llamar, en rigor, “nueva”. Pretender en el modo de dar el *igualitarismo* es la mayor *injusticia*, aquélla que exige y da por igual a personas desiguales. Los hombres son socialmente desiguales, y los trabajos en que se emplean también son distintos. La *justicia* no es exigir y dar a todos *lo mismo*, sino hacerlo de modo que las desigualdades sean ventajosas para todos. Justicia es *dar a cada uno lo suyo*, pero no “lo

52 Por esto señala Polo que rico no se contrapone a pobre y viceversa. Ver Polo, L. (1990), pp. 75-143.

53 El hombre es social por naturaleza porque es familiar. Sin sociedad no hay posibilidad de vínculo contractual. La división del trabajo es tan primaria como la sociedad misma. En efecto, esta división se da en primer lugar en la familia y luego se extiende a la sociedad. En la familia todos aportan, hay coordinación y colaboración, pero no igualitarismo, porque no todos saben cocinar salsa de champiñones, o arreglar el automóvil, o planchar las camisas, etc. El igualitarismo rompe la familia. Si es social, destruye la familia y la sociedad.

mismo”, que es la mayor injusticia⁵⁴. Además, “lo suyo” de cada quien de ninguna manera se reduce sólo a lo económico. Si se cae en esta cortedad de miras, la riqueza y la pobreza humana, y también la material, son inevitables.

Muchos son los que se preguntan por qué existe el *subdesarrollo*⁵⁵, la mayoría de los cuales son los que lo padecen. La respuesta, si somos coherentes con lo establecido, no puede ser más que ésta: se debe a una *oferta débil y desordenada*. A su vez, la oferta débil sigue siempre a una anémica aceptación. Ésta se debe a la desconfianza. Y la causa de ésta, en el fondo, es la mentira. La oferta mediocre se debe siempre a una falta de capacitación y desorden laboral. Junto a ello hay agravantes como, por ejemplo, la omisión de la *justicia distributiva* por parte de las minorías dirigentes del país (por ejemplo, en países del Este de Europa, africanos, asiáticos, latinos, etc.). La raíz de este error reside en que las personas no dan de sí lo que pueden dar; no se trabaja en serio y ordenadamente. ¿Cómo escapar del subdesarrollo? La salida de la penosa situación de los países subdesarrollados pasa por la *educación*, por la enseñanza, por el formar a la juventud en vistas a la confección del *bien común*, no del bien particular, y eso desde la infancia y durante muchas décadas⁵⁶. Ahora bien, como la cumbre de la educación es la *universidad*, y dado que ésta en esos

54 Por eso el *comunismo*, y no pocas veces el *socialismo*, hacen imposible la *justicia conmutativa*. Por otra parte, si bien el *capitalismo* puede respetar la *justicia conmutativa*, no garantiza con ello la *justicia social*, de modo que la desigualdad vigente se vuelve injusta. Dar, ofrecer, lo suyo de cada quién cuando se trata de una sociedad entera es mucho más que dar a un grupo o a particulares, por eso, la *justicia distributiva* es superior a la *conmutativa*. También por eso, el político corrupto es más injusto, porque la clave de su labor debe ser ofrecer a todos, no acaparar de todos.

55 El *subdesarrollo* es la desorganización en la división del trabajo. Los países en tal régimen lo sufren porque trabajan poco y desorganizadamente. Ver Polo, L. (1996), p. 55.

56 En consecuencia, un gobierno de un país en esa penosa situación que no invierte lo necesario en educación es un gobierno que no está a la altura de las circunstancias; es un gobierno del que se puede decir que desconoce qué sea el bien común y cómo se debe conseguir; en rigor, un gobierno que no sabe gobernar, esto es, servir.

países no dispone de recursos suficientes para superar el estado de insuficiencia que padece, es absolutamente necesaria la ayuda de la *empresa* privada.

De modo similar, cabe preguntar también ¿por qué se han venido abajo los grandes imperios, los países más desarrollados en una determinada época (Egipto, Grecia, Roma, España, Francia, Inglaterra, Alemania, etc.)? Al leer con calma la historia de la humanidad uno se siente tentado a darle la razón a ese clásico adagio que reza así: “Más reinos padecieron y se perdieron por falta de hombres que de dinero”⁵⁷. O de otra manera no menos clásica: “Ganar amigos es dar dinero a logro y sembrar en regadío. La vida se puede aventurar para conservar un amigo y la hacienda se ha de dar para no cobrar un enemigo”⁵⁸. Primero las personas, luego la producción. Si se invierte formando hombres capaces, el país sale adelante. Las personas son superiores a las cosas. Se debe invertir en cosas para que crezcan las personas, no al revés, es decir, en cosas para deshumanizar a las personas⁵⁹.

No sacar partido de los ciudadanos de un país, sino fomentar que se conformen con una vida fácil, lleva consigo a la larga la ruina económica de ese país. Y eso es lo que sucede, a menor escala, con las empresas. Así, intentar asegurar con medios de consumo una vida fácil a los que vienen detrás es la ruina de la empresa y de sus sucesores⁶⁰. No hay que dar todo hecho, sino enseñar a hacer con constancia, despacio y acabando bien las cosas, lo cual implica esfuerzo,

57 AA.VV. (1999), II Parte, n. 621, p. 149.

58 Alemán, M. (1979), p. 295. Y más adelante: “mejor es hombre necesitado de dineros que dineros necesitados de hombre”, p. 330.

59 La inversión en armas, por ejemplo, no ha creado lazos de unión sino de enemistad, y ha constituido siempre un agujero negro para las economías nacionales.

60 Por eso se explica que empresas familiares creadas con ilusión y esfuerzo por los abuelos, los hijos tan sólo han logrado mantenerlas y los nietos las han arruinado.

190 porque sin él nada vale la pena: lo que poco cuesta en poco se tiene. Despacio y acabando bien las cosas, porque como nos enseña Don Quijote “las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfección que requieren”⁶¹.

En la formación de la *esencia* humana la clave son las *virtudes*. Ya se ha aludido a una de ellas, la *veracidad*. Los economistas advierten que cuando no hay *transparencia* en la política de un país la economía decrece. Para recuperar el crecimiento económico, además de no mentir políticamente, hay que restaurar la *empresa*, porque ésta es su base, y para fortalecer la empresa hay que fomentar la *formación* de sus componentes, porque ésta depende de aquélla, y de la *intercomunicación veraz* entre ellos. A su vez, para promover la instrucción y la virtud de los trabajadores, hay que fortalecer la *familia*, porque ésta es base de la empresa. Es, por tanto, dudoso que en los países subdesarrollados, en los que está mal la economía, esté bien la familia. Es manifiesto que en ellos está mal la empresa y la educación en todos sus órdenes, pero ¿no será que la familia adolece del vínculo que le permite ser tal? Recuérdese que Aristóteles fundamentaba la economía en la familia. ¿No será que el fundamento de la familia en tales lugares no es el *amor* que permite aceptar y dar personalmente, sino el *sentimentalismo* u otros nexos no vinculantes personal y responsablemente? Pero ¿acaso está bien la familia en los países desarrollados? Podría estar, sin duda, mejor. Pero su nivel económico es indicio de que la vida familiar, en general, parece estar mejor en

61 Cervantes, M. de (1947), 2ª Parte, cap. IV, p. 505.

62 Por ejemplo, suele decirse que parece extraño que en USA la economía vaya bien cuando la situación de la familia deja bastante que desear. Pero no hay que perder de vista que no todas las familias estén mal en ese país, sino que las que están bien -un alto porcentaje- están muy bien. Téngase en cuenta, además, otros factores influyentes: en EEUU se trabaja bastante; las leyes civiles protegen más a la familia que en ámbitos europeos; los medios de comunicación no son tan corrosivos para la institución familiar; es un país en el que el número de inmigrantes que cuida su familia es muy acusado, etc.

éstos que en otros países⁶², sobre todo, que en los subdesarrollados. Cuando en la familia se acepta de veras, todos sus miembros dan más. Y, a mayor dar, mayor riqueza.

IX. El sentido de la propiedad

El hombre es el único animal que puede *tener según el cuerpo*. Además, son exclusivos suyos otros modos de posesión: la de los actos de conocer, que poseen objetos pensados (ideas); la de los hábitos de la razón adquiridos, que poseen (conocen) los actos de pensar; el modo de tener propio de las virtudes, que tienen en su mano los actos de la voluntad, etc. Ahora cabe añadir que, del mismo modo que hay jerarquía en la posesión de todas esas realidades inmateriales, también caben muchas maneras de posesión práctica. Los *teneres* corpóreos también son jerárquicos. El principio de jerarquía de la posesión corpóreo-pragmática lo mide la *apertura de posibilidades* y el *fin* de las mismas que cada adscripción permite.

Además, es manifiesto que el hombre no sólo puede sacar partido ordenado del mundo en vistas a su propio beneficio, sino que puede hacerlo en vistas al beneficio de los demás. No es que necesariamente esté obligado a ello, pero es evidente que lo puede hacer libremente. Ahora bien, lo que favorece la *libertad* es de mayor valía que la *necesidad* natural. Al hombre le va bien, le perfecciona tener posesiones conjuntamente con los demás. El tener entre los hombres es mutuo⁶³. La vivienda, en este sentido, es un modo de *tener-con* la familia. Las costumbres, un modo de *tener-con* un pueblo, sociedad. El idioma, un modo de *tener-con* una nación, varias, todas; etc.

63 Por ejemplo, alguien no construye aviones comerciales, autopistas, restaurantes, etc., sólo para sí, sino para tener viajes, celebraciones, etc., con los demás.

64 *Plexo* es el conjunto de bienes mediales, pragmáticos, interrelacionados entre sí. Se puede distinguir entre una *sintaxis pragmática* y una *semántica pragmática*. La primera es la conexión de medios entre sí. La segunda es la comprensión del plexo medial. Ver Franquet, M.J. (1996), p. 556.

Las cosas que el hombre posee dicen relación unas con otras. Ese nexo de imbricada dependencia, bien descrito como *plexo*⁶⁴ por Heidegger en *Ser y Tiempo*⁶⁵, es mucho más notorio en las cosas artificiales que en las naturales, pues fabricamos unos artefactos en vista de otros⁶⁶. Por eso mismo, la propiedad privada no puede ser *absoluta*, porque si la absolutizamos, esos asuntos poseídos dejan de ser *medios* y se convierten en *finés*. Al dejar de ser medios deterioran el plexo y provocan disfunciones. Es buena la propiedad privada y es buena la propiedad común, pero ni una ni otra son absolutas. En efecto, si lo que uno poseyese fuese excluyente se romperían las relaciones de esas cosas poseídas con el resto de las realidades interconectadas con ellas. La solución entre el dilema moderno propiedad privada *versus* propiedad pública no puede ser dialéctica sino armónica. Una propiedad privada que no favorezca el bien común sino que lo imposibilite (por ejemplo, el narcotráfico) no puede tener justificación ninguna. Y viceversa, una propiedad pública que ahogue la iniciativa privada (por ejemplo, la educación estatista) tampoco tiene razón de ser. En rigor, una propiedad que vaya en detrimento de la *libertad personal* y de su manifestación *ética* es ilegítima⁶⁷.

En una sociedad de consumo no siempre es fácil entender este extremo. Pero uno debe darse cuenta de que al poseer en exclusividad unos medios los degrada, puesto que ya no sirven para más; su utilidad queda acotada. El que sólo busca el bien privado no favorece el bien común e, *ipso facto*, los medios apropiados rinden menos, pues producen sólo para uno, no para los demás que puedan usarlos de modo correcto. Las sociedades más cultas son a la vez aquéllas en las

65 Heidegger, M. (1989), párrafo 15, p. 82.

66 Por ejemplo, el automóvil dice relación con la carretera, las señales de tráfico, el garaje, el taller mecánico, la bomba de gasolina, etc. El bolígrafo dice relación al papel; el serrucho a la madera; el martillo a los clavos; la llave a la cerradura; etc.

67 Londoño, M. (1965).

que el bien común cubre las espaldas de los ciudadanos. Sin embargo, esta tesis sin *educación en la virtud* es difícilmente inteligible y asimilable. En efecto, una persona educada responde de los medios comunes de su sociedad; es responsable de ellos, y permite hacer con ellos la vida más grata a los demás. En cambio, una sociedad maleducada no sólo deteriora los bienes privados sino también, y con más énfasis, los públicos⁶⁸, etc. La reciprocidad con ellos debe ser educativa. Pero ¿cómo educarles? A corto plazo, por lo menos, responsabilizándoles de los daños causados. A la larga, educándoles en las familias y en las escuelas.

Suele decirse que el avaro no disfruta ni de sus propios bienes a causa de las desmedidas preocupaciones con que los mira, y también es claro que no disfruta del bien común porque no es *copartícipe* de él: le invade la envidia, que en palabras de Tomás de Aquino es la tristeza respecto del bien ajeno⁶⁹; un vicio tan absurdo que al cuerdo Don Quijote le hizo exclamar: “¡Oh envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho traen un no sé qué de deleite consigo, pero el de la envidia no trae sino disgustos, rencores y rabias”⁷⁰. No parece, pues, que la naturaleza humana esté hecha para poseer exclusivamente bienes económicos y para poseerlos en exclusiva.

68 Cuando en las manifestaciones violentas se degrada el mobiliario privado y público, lo que falla en ese sistema no es la política o la economía, sino algo superior a ellas: la *educación* desde la familia y desde las instituciones educativas básicas. “No es mucho que tenga mala condición quien no tiene buena ley”, Quevedo, F. (1999), p. 122.

69 Ver: *Summa Theologiae*, I-II, q. 84 a. 4 co; *De malo*, q. 8 a. 3 ad 6; q. 10 a. 1 ad 6. *Super I Epistolam B. Pauli ad Timotheum lectura*, cap. 6 l. 1.

70 Cervantes, M. de (1947), 2ª Parte, p. 523.

194 X. El hombre añade porque es donal

Vamos a la clave de nuestro tema, pues estamos ya en condiciones de abordar el fondo. El hombre es capaz de añadir con su trabajo, cultura, técnica y economía porque él es *puro añadir*, es *donal*. La *generosidad* no es una mera virtud de la voluntad que lleva al incremento de esta facultad en orden a dar algo. Es principalmente el carácter del *ser* personal que uno es, que por ser *puro ofrecimiento* lleva a *darse*. Ser *enteramente* generoso es destinar libremente el *ser* que uno es. No serlo es no querer destinarse; es guardarse, asunto que es también libre, aunque propio de una libertad raquítica, es decir, carente de entera apertura y de respuesta íntegra. Con esa actitud, como se ve, la propia libertad personal se encoge, se queda sin un *para* acorde a ella⁷¹.

“Nadie da lo que no tiene” -suele repetirse-. Pero, en rigor, uno siempre puede dar porque *es dar*. Ese es nuestro ser nuclear, un dar que es *personal* y que, por eso, no se agota dando, como no se agota el amor de un esposo fiel a su esposa por mucho que dé. Por eso, ese otro modo de dar que es el trabajo que produce economía es coherente con el *dar personal* que uno es⁷². Como se ha repetido, *dar* en el hombre es segundo respecto de *aceptar*. El aceptar garantiza que lo que se da no quede sin sentido. Como ninguna persona humana puede aceptar *enteramente* todas nuestras acciones laborales económicas, sencillamente porque no las conoce todas y del todo, la totalidad de ellas cobra sentido sólo si son referidas a Dios y él las acepta. En contrapartida, aquéllas no aceptables por Dios carecen de sentido y son vanas. Más aún, esto, que es verdad en una de las *mani-*

71 Ese *para* sólo puede ser el Dios personal, el único capaz de aceptarnos enteramente, tanto nuestro ser personal como todas nuestras obras.

72 También es coherente con el *Dar divino*, pues tampoco su Dar se empobrece tanto al *crear* como al *eleva*r a las criaturas. En este sentido se puede entender la cooperación humana en la creación divina.

festaciones humanas, es una gran verdad referido a la intimidad personal. Si la persona es un puro *ofrecerse*, sólo cobra pleno sentido como tal persona si se *ofrece enteramente* como tal y si existe una *persona* distinta de ella que *pueda aceptarla enteramente* como quién es. Obviamente ninguna persona humana tiene en sus manos este cometido. Sólo Dios puede aceptar de modo pleno a la persona humana.

Por tanto, la peor desgracia que le puede suceder a un hombre es que Dios no lo acepte. La segunda, que no lo acepten las demás personas. Con todo, éstas no pocas veces se equivocan, y en esos casos, donde no hay aceptación, sobra el dar. Sin embargo, Dios, que no se equivoca, siempre está dispuesto a aceptar. Pero no puede aceptar a un hombre como persona cuando éste ha abdicado de su ser personal. La negativa divina a aceptar a un hombre no parte, pues, de Dios, sino que depende de que cada hombre no se acepte a sí mismo como quien es y está llamado a ser. En efecto, si un hombre no se acepta, no se entrega, y si no se entrega, Dios no lo puede aceptar. Sólo se da como persona quien se acepta como quien es. Del mismo modo, sólo se da a alguien con sus obras (obras son amores y no buenas razones) si se reconoce y se acepta como *dar*. Dios nos acepta, o no, con nuestras obras. Pero no acepta las obras si son carentes de sentido humano. No todas las obras son “iguales”; unas tienen más sentido que otras. En consecuencia, Dios acepta más unas que otras. Por eso, a Dios no se le pueden ofrecer chapuzas, sencillamente porque, por carentes de sentido, Él, que es la Verdad completa, no las puede aceptar.

196 En suma, pensar el tema de la economía desde una perspectiva antropológica nos permite describir al hombre, desde luego, como “ser económico”, pero por encima de eso, como “don”, como “ser aceptante y oferente” y, sobre todo, como “ser aceptable por los demás y por Dios”.

Bibliografía

AA.VV. (1999), *Sentencias político-filosófico-teológicas (en el legado de A. Pérez, F. de Quevedo y otros)*, Anthropos, Barcelona.

Alemán, Mateo (1979), *Guzmán de Alfarache*, vol. I, Cátedra, Madrid.

Alvira, Rafael (2004) (ed.), *Empresa y sociedad civil*, Fundación Iberdrola, Madrid.

Cervantes, Miguel de (1947), *El Quijote*, 2ª Parte, Castilla, Madrid.

Dickens, Charles (1962), *David Copperfield*, Juventud, Barcelona.

Franquet, M^a José (1996), “Sobre el hacer humano: la posibilidad factiva”, *Anuario Filosófico*, vol. XXIX, nº 2, pp. 553-573.

García González, Juan A. (2000), “Discusión de la noción de entendimiento coagente”, *Studia Poliana*, nº 2, pp. 51-71.

García González, Juan A. (2003), “La libertad personal y sus encuentros”, *Studia Poliana*, nº 5, pp. 11-22.

Haya, Fernando (1997), *El ser personal. De Tomás de Aquino a la metafísica del don*, Eunsa, Pamplona.

Heidegger, Martin (1989), *Ser y tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México.

Londoño, Carlos Mario (1965), *Libertad y propiedad*, Rialp, Madrid.

Marcel, Gabriel (1991), *tre et avoir*, Aubier-Montaigne, Paris.

Martínez-Echevarría, Miguel Alfonso (2000), *Hacia una nueva teoría de la empresa*, Cuadernos de Empresa y Humanismo, nº 79.

- Mathieu, Vittorio (1990), *Filosofía del dinero*, Rialp, Madrid.
- Molina, Francisco (1996), “Sindéresis y conciencia moral”, *Anuario Filosófico*, vol. XXIX, nº 3, pp. 773-785.
- Molina, Francisco (1999), *La sindéresis*, Cuadernos de Anuario Filosófico, nº 82.
- Molina, Francisco (2001), “El yo y la sindéresis”, *Studia Poliana*, nº 3, pp. 35-60.
- Molina, Francisco (2003), “Sindéresis y voluntad: ¿quién mueve a la voluntad?”, *Futurizar el presente*, Universidad de Málaga, Málaga, pp. 193-212.
- Padial, Juan José (2006), “Sobre la fundamentación desde el yo. La crítica poliana a la noción de espontaneidad cognoscitiva”, *Studia Poliana*, nº 8, pp. 209-243.
- Piá Tarazona, Salvador (1999), “La libertad trascendental como dependencia”, *Studia Poliana*, nº1, pp. 83-97.
- Piá Tarazona, Salvador (2001), *El hombre como ser dual*, Eunsa, Pamplona.
- Polo, Leonardo (1985), *La empresa frente al liberalismo y al socialismo*, Universidad de Piura, Perú.
- Polo, Leonardo (1987), “Tener y dar”, *Estudios sobre la “Laborem Exercens”*, B.A.C., Madrid.
- Polo, Leonardo (1990), “Ricos y pobres. Igualdad y desigualdad”, *La vertiente humana del trabajo en la empresa*, Rialp, Madrid, pp. 75-143.
- Polo, Leonardo (1991), “La coexistencia del hombre”, Alvira, Rafael (ed.), *El hombre: inmanencia y trascendencia*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, vol. I, pp. 33-48.

- 198 Polo, Leonardo (1994), *Ética socrática y moral cristiana*, julio, pro manuscrito.
- Polo, Leonardo (1996), “Hacia un mundo más humano”, *La persona humana y su crecimiento*, Eunsa, Pamplona.
- Polo, Leonardo (1997a), *Antropología de la acción directiva*, Aedos, Madrid.
- Polo, Leonardo (1997b), *Ética: hacia una versión moderna de temas clásicos*, Aedos, Madrid.
- Polo, Leonardo (1998), *La voluntad y sus actos II*, Cuadernos de Anuario Filosófico, nº 60.
- Polo, Leonardo (2003a), *Antropología trascendental, I. La persona humana*, Eunsa, Pamplona.
- Polo, Leonardo (2003b), *Antropología Trascendental, II. La esencia de la persona humana*, Eunsa, Pamplona.
- Polo, Leonardo (2003c), *Quién es el hombre, un espíritu en el tiempo*, Rialp, Madrid.
- Polo, Leonardo (2004), *El yo*. Cuadernos de Anuario Filosófico, nº 170.
- Polo, Leonardo (2005a), *La libertad trascendental*, Cuadernos de Anuario Filosófico, nº 178.
- Polo, Leonardo (2005b), *Lo radical y la libertad*, Cuadernos de Anuario Filosófico, nº 179.
- Polo, Leonardo (2006), *Ayudar a crecer. Cuestiones de filosofía de la educación*, Eunsa, Pamplona.
- Posada, Jorge Mario (2003), “La índole intelectual de la voluntad y de lo voluntario en distinción con el amar”, *Futurizar el presente*, Universidad de Málaga, Málaga.
- Posada, Jorge Mario (2006), “Libertad como ser”, *Studia Poliana*, nº 8, pp. 183-208.

Quevedo, Francisco de (1999), *Historia de la vida del Buscón llamado Don Pablos, ejemplo de vagabundos y espejo de tacaños*, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid.

Sellés, Juan Fernando (1999), *La virtud de la prudencia según Tomás de Aquino*, Cuadernos de Anuario Filosófico, nº 90.

Sellés, Juan Fernando (2000), *Conocer y amar. Estudio de los objetos y operaciones del entendimiento y de la voluntad según Tomás de Aquino*, Eunsa Pamplona.

Sellés, Juan Fernando (2001), *Los hábitos adquiridos. Las virtudes de la inteligencia y de la voluntad según Tomás de Aquino*, Cuadernos de Anuario Filosófico, nº 118.

Sellés, Juan Fernando (2003a), "El carácter futurizante del entendimiento agente", *Futurizar el presente, Estudios sobre la filosofía de Leonardo Polo*, en Padial Benticuaga, Juan José; García González, Juan Agustín y Falgueras Salinas, Ignacio (coords.), Universidad Málaga, Málaga, pp. 303-328.

Sellés, Juan Fernando (2003b), *El conocer personal. Estudio del entendimiento agente según Leonardo Polo*, Cuadernos de Anuario Filosófico, nº 163.

Sellés, Juan Fernando (2003c), "La sindéresis o razón natural como la apertura cognoscitiva de la persona humana a su propia naturaleza. Una propuesta desde Tomás de Aquino", *Revista Española de Filosofía Medieval*, nº 10, pp. 321-333.

Sellés, Juan Fernando (2004a), "En torno a la distinción real entre la persona y el yo", Polo, Leonardo, *El yo*, Cuadernos de Anuario Filosófico, nº 170, pp. 9-38.

Sellés, Juan Fernando (2004b), "La libertad personal como acto de ser", *Revista de Filosofía*, nº 3, pp. 215-237.

Sellés, Juan Fernando (2005a), “El intelecto agente y las instancias cognoscitivas menores. Una propuesta desde Tomás de Aquino”, *Angelicum*, nº 82, vol. 3, pp. 611-617.

Sellés, Juan Fernando (2005b), “El conocer como acto de ser”, *Cuadernos de Pensamiento*, nº 17, pp. 283-295.

Sellés, Juan Fernando (2005c), “El amar personal”, *Pensamiento y cultura*, nº 7, pp. 55-62.

Simon, Jan (1986), *El último recurso*, Dossat, Madrid.

Simon, Jan (1998), *Discursos pronunciados en la investidura del Grado de Doctor “Honoris Causa”*, Prof. Douwe D. Breimer (Farmacia), Emmo. y Revmo. Sr. Card. Joseph Ratzinger (Teología), Prof. Julián L. Simón (Economía), Universidad de Navarra, Pamplona.

Sison, Alejo (2003), *The moral capital of leaders: why virtue matters*, Edward Elgar, Cheltenham.

Tomás de Aquino, *In I Sententiarum*

Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I-II.

Tomás de Aquino, *De malo*.

Tomás de Aquino, *Super I Epistolam B. Pauli ad Timotheum lectura*.

Zurfluh, Anselm (1992), *¿Superpoblación?*, Rialp, Madrid.